



Fernando Pérez (*La Habana, 1944*) ratificó varias veces que ha sido más un documentalista por obligación que por vocación. Aunque le gusta y cree en el cine documental que, en ocasiones, le ha emocionado mucho más que cierto cine de ficción, confiesa que a la hora de realizarlo, se siente como un pez en el agua dentro de un

mundo ficticio, mediante la creación de atmósferas artificiales, más recreadas, que las proporcionadas por la realidad. El documental fue su escuela, aportó algunas significativas obras al género, y asigna su formación definitiva a los cuatro años de labor en ese genuino taller de creación que fuera el *Noticiero ICAIC Latinoamericano* bajo la dirección de Santiago Álvarez. En ese período creativo, dinámico y de mucha energía, coincidió con Rolando Díaz, Daniel Díaz Torres, Luis Felipe Bernaza, Juan Carlos Tabío, quienes si bien aspiraban a realizar ese cine de ficción que todos soñaban, ensayaban en el *Noticiero...* hacer todo tipo de cine.

Como resultado de una convocatoria promovida por el ICAIC a principios de los años ochenta, con el propósito de nutrir el cine argumental de nuevas figuras, fueron escogidos los ocho proyectos presentados con mayores posibilidades. En el transcurso de tres años todos realizaron su *opera prima*. Fernando, el último en filmar, recuerda que el triunfo de la Revolución, cuando tenía catorce años, le impactó tanto que comenzó a buscar información y a

sentir las vivencias de los combatientes como propias. Por eso decidió que su primera película sería sobre la lucha clandestina urbana y enfatizó: «Es un género épico, emotivo, que permite una serie de escenas de acción y crear cierto suspenso. Propicia navegar por aguas claras si se presentaran deficiencias en el dominio del lenguaje de ficción».

Tuvo que replicar siempre que «los temas son eternos», cuando muchos de sus compañeros al conocer que iba a debutar con una película sobre la clandestinidad le reprocharan no incursionar en algo de mayor contemporaneidad. Acerca de esta intención precisó:

Quería, en primer lugar, lograr una verdadera humanización de los personajes y para alcanzar este grado de humanización, la película, más que la historia de la clandestinidad en La Habana, tenía que ser una historia de amor en el contexto de la lucha clandestina. Es decir, no me proponía hacer un filme histórico, aunque nos inspiráramos en hechos reales. Por otra parte, este tema me posibilitaba abordar dos elementos básicos de toda historia de la humanidad y el arte, que son: el amor y la muerte, los buenos sentimientos y la maldad. Valores humanos universales y siempre contemporáneos. Entrevisté a muchos compañeros, y la constante era que ese fue el mejor tiempo vivido, el más pleno, a pesar de todas las angustias, persecuciones y sufrimientos. Estos sentimientos los quise plasmar en la película, pues creo que a la juventud de hoy le puede interesar.

Tales fueron las premisas para *Clandestinos*, en cuya génesis también se halla el libro testimonial *Salida 19*, de William Gálvez, que impresionara fuertemente al cineasta. El guion de Jesús Díaz, inspirado en algunos hechos reales ocurridos durante la lucha contra la tiranía batistiana en la segunda mitad de la década de los años cincuenta, como la interrupción del juego de béisbol por los estudiantes, el asalto a la armería o la huelga de hambre... fue concebido para darle el mayor margen posible a un realizador carente de la menor experiencia en la dirección de actores. Lo primero que impresiona ante la visión de la película son esos personajes nada esquemáticos, creíbles, sin acartonamiento alguno, de carne y hueso, plétóricos de contradicciones, que dudan, aman, sienten, padecen y se equivocan, y que, como aclarara el cineasta, «nunca hablan como patriotas ni como héroes» porque quiso abordarlos desde el punto de vista de la acción, simplificarlos: «Sentía la necesidad de hacerlos sencillos, que tuvieran ese encanto y frescura de la adolescencia, cuando se va descubriendo la vida. Exaltar la rebeldía innata de la juventud, su lucha desinteresada y fervorosa por la verdad y la justicia, valores permanentes. [...] Preferí sintetizar, sugerir, hacer un montaje bien intencionado».

En el tratamiento escogido para abordar un tema que muchos pensaban agotado, estriba el mayor acierto de la película, verdadero bautismo de fuego, sin pretensiones pero tampoco sin concesión alguna. Resulta difícil para cualquier público no identificarse con los jóvenes protagonistas, sobre todo con la pareja de actores formada por Luis Alberto García e Isabel Santos, quienes se entregan de tal manera a sus personajes que nadie puede olvidar la intensidad lograda en la tan impactante como conmovedora secuencia final. Se percibe esa tentativa presente desde el propio guion de reflejar cómo la respuesta de esos muchachos arrastrados hacia situaciones históricas concretas al reclamo de la lucha en circunstancias de intenso peligro, no restaba a sus conductas la vital frescura de esa etapa de la vida.

Al integrar su equipo de rodaje, Fernando Pérez optó por personas que tampoco tuvieran experiencias en el largometraje de ficción, como el fotógrafo Adriano Moreno, responsable de aprehender en sus imágenes la no menos cuidada ambientación de la época, y el compositor Edesio Alejandro, quien contrapuntea el dramatismo de las imágenes con una partitura en la que se perciben resonancias del danzón mediante arreglos contemporáneos.

«El sacrificio no es una vocación, sino una necesidad. Los que murieron practicándolo habrían preferido vivir, y su grandeza radica justamente en haber salvado el miedo a la muerte por el más desinteresado amor a la vida. *Clandestinos* ayuda a pensar en estas cosas, sin alarde de panfleto», escribió el crítico José Antonio Évora, para quien el primer mérito es desmitificar a los héroes de la lucha clandestina sin otro recurso que el de representarlos en su cabal dimensión humana.

Para Mario Naito, a su favor hablan «el talento y la sensibilidad que se advierten en las obras sencillas, pero auténticas». Al celebrar su realización, Rolando Pérez Betancourt subrayó que «el director fue capaz de llevar a su *opera prima* de ficción la sensibilidad artística demostrada en su obra documental y [...] las excelentes actuaciones se levantan como soporte fundamental de lo que se narra».

Jorge Ruffinelli coincide con ese criterio y, en una monografía sobre el cineasta, añade la sorprendente puesta en escena como otro elemento decisivo para que la película se sostenga «dramática y narrativamente pese a evidentes insuficiencias de algunos aspectos del guion».

El poeta y dramaturgo Efraín Morciego se entusiasmó al punto de publicar una reseña celebratoria del realismo sin tabúes de la cinta y puntualizó tras su estreno comercial, efectuado el 7 de agosto de 1987: «El empuje de un momento histórico que, capitaneado por una juventud arrojada y decidida a toda costa a ir adelante, no abandona ni por un momento la trama del filme, provocando verdaderos impactos de silencio en los sobrecogidos lunetarios del cine y también buenos momentos de hilaridad, suspenso y genuina emoción». Lourdes Pasalodos, en *El Caimán Barbudo*, manifestó su sorpresa ante la calidez de un largometraje devenido todo un

77

CUBANO

DE CINE

AÑOS

50

acontecimiento popular —avalado luego por numerosos premios—, para concluir que Fernando «es un director de raza, que sabe muy bien para dónde va y cómo llegar a su destino».

Cineasta intuitivo por convicción, Fernando Pérez afirma que aunque en *Clandestinos* existen aspectos insatisfactorios, siempre se reconocerá en esta película. La carrera posterior del promisorio realizador no solo confirmaría, sino que sobrepasaría todo pronóstico y expectativa al convertirse, obra tras obra, en un nombre de obligada referencia en el cine iberoamericano.

LUCIANO CASTILLO RODRÍGUEZ